

## Personajes de la obra

Reitero lo que he sostenido en otros ensayos, y para ello me valgo de las expresiones de un clásico: Piero Calamandrei, quien ha dicho en una obra magistral —reunión de conferencias sustentadas en México y traducidas por Héctor Fix-Zamudio— que el proceso no es lo que dice la Constitución ni lo que dispone el código de procedimientos. Es lo que hacen, en la práctica cotidiana, las personas que en él participan; éstos son los autores del auténtico proceso, lo demás es letra de la ley, o bien, en otros términos, literatura para animar nuestras horas de optimismo, pero no para desmontar una penosa realidad. Este es el muro con el que topan los académicos y que el estadista debe derribar.

Comparemos el sistema de seguridad y justicia con la puesta en escena de una obra dramática. Es alentador que ésta se deba a un excelso dramaturgo, que los parlamentos sean magníficos y el escenario inmejorable. Pero falta un elemento esencial: los actores. En fin de cuentas, el drama será lo que éstos hagan. Lo mismo ocurre con la seguridad y la justicia; propuestas en sendas leyes y graves discursos: será necesario el “aterrizaje” que corre a cargo de sus protagonistas. Y no me refiero solamente a los contendientes en el litigio, sino al enorme conjunto de personajes —órganos, funcionarios, empleados, agentes, guardianes, auxiliares, etcétera— que tienen a su cargo la puesta en escena, es decir, la garantía de que habrá seguridad y se hará justicia.

Esos actores son muy numerosos y no se encuentran bien calificados. El juicio público les es desfavorable, aunque muchos merezcan no sólo la absolución, sino también la exaltación. Ningún plan alcanzará el fruto apetecido si no se dispone de actores que operen en el mismo sentido —buen sentido, obviamente—, con eficacia, denuedo, competencia, transparencia e independencia de instancias ajenas a la ley y a la razón. No nos engañamos: conseguir esta excelencia es un trabajo de Hércules, pero sin él no habrá solución. La excelencia producirá el apoyo de la sociedad; la deficiencia —o peor, la deslealtad— generará, como hemos visto, desconfianza y rechazo.